

Una llave con pies

Juan Andres Gomez Rodriguez

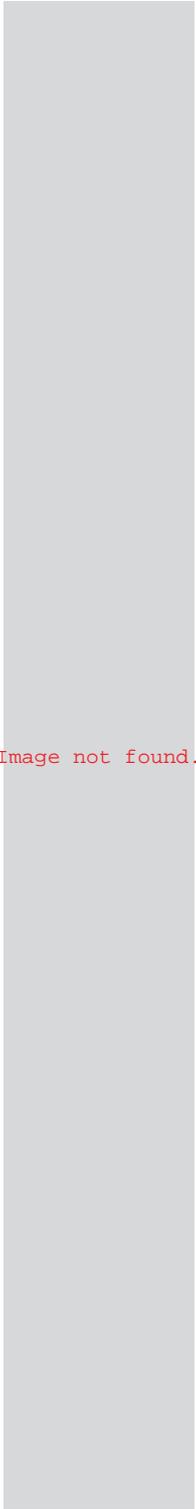


Image not found.

Capítulo 1

Capítulo 1

– ¿Alguien sabe dónde está la llave del auto? –preguntó que hizo Sofía, hablando en voz alta, como si quisiera que toda la vecindad la escuchara–. De pie al lado de la mesita de noche, en la sala.

– ¿Cómo?, acaso no está en la mesita –dijo su esposo, Enrique, parándose al lado de Sofía, y acomodándose la camisa.

–No está –respondió Sofía, mirándolo fijamente.

– ¡No puede ser!, tiene que estar por aquí cerca –intuyó Enrique, agachándose, y mirando debajo de la mesita de noche–. Su esposa lo imitó –Buscaron en los alrededores de la misma, pero no la hallaron.

Continuaron la búsqueda por toda la sala: el anaquel donde estaba ubicado el televisor y el equipo de sonido; el otro donde estaban los cuadros con fotos de la familia, varios premios que recibió Enrique en la universidad por ser un estudiante sobresaliente, y también una estatuilla que había recibido en su trabajo, como un galardón por ser un empleado ejemplar, dando valor a su título de graduado: Ingeniero Naval.

Después cinco minutos, Sofía miró su reloj de mano.

–Se está haciendo tarde Enrique, ¿ahora que vamos a hacer?

– ¡Que más! –suspiró Enrique y luego respondió–: Pedir un taxi. Es lo que nos queda.

–Pero no es justo, yo quería acompañarte hasta el puerto –dijo Sofía, mostrando una cara de tristeza, sentándose en el sofá–. Sí Manuel, no hubiese votado el otro juego de llaves, nos hubiésemos ahorrado este imprevisto –Sofía hablaba de su hijo de ocho años.

–Si mi amor, pero no es el fin del mundo –la calmó Enrique–. Llamaré al servicio de taxis, mientras tú vas por los niños a la habitación, para despedirme de ellos.

Sofía afirmó con aprobación, levantándose del sofá. Se dirigió hacia el segundo piso de la vivienda. Mientras su esposo intentaba localizar algún taxi.

Cinco minutos después Sofía llegó a la sala acompañada de Manuel, y de Rita, su hija menor, de cinco años. Afuera se escuchó el ruido del motor de un auto. Enrique abrió la puerta principal de la casa. Allí estaba el taxista, quien llegó rápidamente, desde que él lo había contactado. Eso era justo lo que necesitaba Enrique, ya que estaba llegando al límite del tiempo para permanecer en la casa.

–Mi amor, llegó el taxi. Me tengo que ir ya –dijo Enrique mirando a sus esposa.

– ¿Papi ya te vas? –le preguntó su hija, caminando hasta donde estaba su padre. Enrique la agarró en sus abrazos y caminó hasta donde estaba Manuel.

–Mis niños. Tengo que irme ya. Tengo que ir a trabajar. Pero no se preocupen, que regreso pronto –le dijo Enrique, acariciando las mejillas de

sus hijos.

Enrique miró a su esposa. Ella movió la cabeza de un lado para otro, lentamente. –La razón–: su esposo, retornaría cuatro o cinco meses a la casa, luego de permanecer fuera del país, en un crucero, principalmente en Europa. Esto era lo que su oficio le demandaba, pero su salario le retribuía el tiempo que permanecía alejado de su familia.

Desde adentro de la casa se volvió a escuchar el pitido del taxi. Enrique se asomó a la puerta y le gritó al taxista, queriendo igualar la proporción del pitido: – ¡ya voy!

–Ya me tengo que ir. Los quiero hijos. Adiós mi amor –acarició a su esposa y la besó en los labios–. Hijos, cuiden a su mamá –los niños asintieron.

Enrique agarró el equipaje, salió por la puerta, caminó hasta el taxi y entró en él. Desde allí alzando la mano, y moviéndolas se despidió de su familia, quienes estaban parados en la puerta.

Cuando Sofía no pudo divisar más el taxi, que se desvaneció, perdiéndose en la carretera, entró a la casa con sus hijos y cerró la puerta.

–Ahora que papá se fue. Es momento de buscar la llave. Y nadie jugará hasta encontrarla –los niños miraron a su madre, asombrados, por el tono en el que lo había dicho–. Su madre estaba molesta.

Capítulo 2

–Manuel, ¿sabes dónde está la llave del auto? –preguntó Sofía, mientras rebuscaba cada rincón de la habitación de los pequeños.

–No mamá, no sé donde está.

–Tiene que aparecer pronto. Porque si no, me tocaría ir a la agencia de autos, donde lo compré –susurraba– ¡y eso es lo que no quiero!

–expresaba muy preocupada.

–Ayúdame, Manuel, puede ser, que en esta habitación la encontremos.

Manuel buscó debajo de la cama, luego en el baúl de los juguetes.

Mientras que la pequeña Rita, estaba observándolo acostada en la cama. Ella, seguidamente tomó el control del televisor y lo encendió. Su madre expresó:

– ¡Rita apaga el televisor! Nadie podrá encender un televisor en esta casa, hasta que encontremos la llave.

– ¡Esta bien mami! –dijo Rita con cara triste y cruzando los brazos, pero acatando la orden de su madre.

Todos los juguetes estaban esparcidos por el piso de la recámara. Sofía se dio por vencida y se sentó en la cama. Manuel la imitó.

– ¡Mi amor!, Siento hablarte así –expresó Sofía, pasando la mano por el rubio cabello de su hija–. Pero es que mañana, tengo que llevarlos al colegio. De no encontrar la llave, no los pasaremos de taxi en taxi.

Manuel notó a su madre pensativa y como si no supiera que más hacer.

–Mamá y porque no le preguntas a la nana –sugirió Manuel, sacándola de sus pensamientos.

–A Mabel, ¿dices?

- Sí. A ella la vi en la tarde limpiando los muebles de la sala.
- Me lo hubieses dicho antes hijo. Antes de dejar esta habitación echa un desastre.
- ¡Disculpa mamá! –expresó Manuel.
- Tranquilo hijo. Iré con Mabel. Tal vez ella me pueda dar alguna respuesta.

Capítulo 3

Sofía caminó hasta la cocina. Allí estaba una señora revolviendo una olla.

- ¡Mabel!
- Dígame señora.
- ¿Cómo va la preparación del almuerzo?
- Va muy bien señora. Esto quedará, como para chuparse los dedos. Sofía dejó salir una carcajada, la cual pareció que la había hecho olvidar de sus verdaderos motivos en la cocina.
- Mabel. Tú siempre con tus ocurrencias.
- ¡No!, patrona, si lo dice por lo de chuparse los dedos. No quise decir que lo harán literalmente.
- Estaba molestándote –sonrió Sofía, acercándose a Mabel, quien estaba preparando una ensalada.
- Mabel, ¿sabes dónde está la llave del auto?
- No señora, no sé donde podría estar –respondió, pero sin mirar a su jefa.
- Seguro Mabel, ¿no sabes?, ¿No me estas mintiendo?
- No señora, yo no le jugaría una broma como esa. Para que, alguien como yo, que no sabe manejar un auto, necesitaría unas llaves.
- Te lo pregunté porque mi niño, me dijo que habías limpiado la sala, ayer en la tarde.
- ¿Manuel le dijo eso? –Sofía asintió.
- Manuel tiene algo de razón, pero solo en cuanto a que yo estaba limpiando los muebles de la sala. Pero la llave permaneció en la mesita de la sala... porque no les pregunta a sus hijos, que quedaron jugando allí.
- Nana, pero es que ya les pregunté. Me dijeron que no saben nada. Mabel dejó de prepara la ensalada y enseguida quiso abrir la boca, pero se contuvo.
- ¡A ver nana!, Si tienes algo que decir, dímelo ya.
- Es que anoche, mi esposo, lavó el auto... por eso se me ocurre, que él podría saber donde esta la llave.
- Entonces iré con Ramón, ¿sabes dónde está?
- Si señora, véalo allá esta, en el jardín –del otro lado de la ventana estaba un señor.

Sofía salió de la cocina. Mabel quedó en avisarle, cuando el almuerzo estuviera listo.

Capítulo 4

El señor se encontraba recogiendo las pequeñas ramas, luego de haber podado cada mata del jardín.

– ¡Ramón!, Limpiando las flores –dijo Sofía, parada a unos metros de él. El jardinero dejó de recoger las hojas, y se acercó a su jefa.

–Así es, señora. Hoy le tocaba mantenimiento al jardín. Acostumbro hacerlo todos los domingos.

–Me parece bien, Ramón. Pero me encuentro aquí molestándote por otro motivo.

–Dígame señora, para que soy bueno. Ah y no es ninguna molestia

–expresó Ramón.

– ¿Sabes donde esta la llave del auto?

–No patrona –respondió inmediatamente–. ¿Porque cree usted, que yo las pueda tener?

–Por Mabel.

–Mabel, le dijo eso –expresó asombrado el jardinero.

–Sí. Ella misma. Me dijo que anoche, usted lavó el auto. ¿Es eso verdad?

–Sí señora, tiene usted razón, pero luego de estacionar el auto en la cochera, dejé la llave, donde siempre: en la mesita de la sala.

– ¿Y no te has fijado si te las llevaste a tu habitación, sin darte cuenta?

–No señora. Estoy segurísimo que la dejé en la sala.

–Si usted, ni Mabel, ni mis hijos, tomaron la llave. ¿Entonces donde estará esa llave con pies? –habló para si misma Sofía.

–Esta bien, Ramón, ven conmigo. Ayúdame a buscar esa llave.

–Voy patrona, pero antes déjeme ir a mi recamara a cambiarme de ropa, que esta ya esta sucia.

–Entonces ve, Ramón. Te espero en la sala.

Capítulo 5

Sofía recorrió cada lugar visible de la sala, con su vista. Su intuición le decía que algo faltaba en el anaquel, donde estaban los retratos de la familia. Se percató que faltaba la estatuilla, la misma que su esposo había recibido como un reconocimiento por el buen desempeño en el oficio. Revisó todo el anaquel, pero por ningún lado estaba la dichosa estatuilla. Pisó una diminuta pero llamativa pieza con sus pies, se agachó y la tomó con sus manos. Su rostro cambio de tonalidad, reflejaba indignación. En eso entró Ramón a la sala, quien vestía otra vestimenta.

–Ramón, búscame a la nana. Dile que venga rápido.

El jardinero notó a su patrona muy enojada. Mientras caminaba hacia la cocina a buscar a Mabel, se preguntaba, que estaba pasando ahora. Solo había visto una vez a su patrona de esa manera y esta vez, no creía que la llave del auto le había ocasionado tal enojo.

Ramón y Mabel, de pie, frente a su patrona. Ella los mira fijamente, le dice sin más:

– ¿Dónde está la estatuilla?, o mejor dicho, ¿Quién rompió la estatuilla?

–mostrándoles la pequeña pieza en su mano derecha.

Tanto Ramón como Mabel, negaron tener algo que ver, con que la estatuilla no estuviese en su lugar. En ese momento, sus dos hijos llegaron a la sala, quienes percibieron a su madre muy alterada. Manuel llevaba con él a un loro.

– ¿Mamá qué pasa? –preguntó Manuel.

–Alguien rompió la estatuilla, pero ya Ramón y Mabel lo negaron. Ustedes saben que le pasó a la estatuilla –les preguntó Sofía sus hijos, mirándolos y esperando alguna respuesta.

Ambos niños se miraron y a la misma vez, luego movieron la cabeza.

–Nosotros no sabemos nada –añadió Manuel.

–Bueno. En vista que no encuentro el culpable, o el culpable no se decide a hablar. Tendré que descontarles a ustedes, el salario correspondiente de dos meses –expresó Sofía mirando a los empleados–. Luego dirigió su mirada a los pequeños: –ustedes no hablaran con sus padres, hasta que él regrese.

Capítulo 6

Ramón mira a su esposa, luego a los pequeños, y por último a su patrona. Da un paso adelante y por su gesto, da entender que revelará algo importante.

–Yo me encargué de votar los residuos de la estatuilla –Ramón bajo la mirada, para no ver el rostro de su jefa.

En vista que su patrona no le dice nada, se dispone a continuar hablando. Pero antes mete una mano al único bolsillo que posee la camisa. Su rostro refleja algo de asombro. Todos lo miraban, expectativos. Sacó la mano del bolsillo y en su mano tenía una llave. Se la muestra a su jefa, ella la toma inmediatamente.

– ¡La llave del auto! –expresa muy dolida por lo que ven sus ojos–.

¿Porque estaban en tu camisa, Ramón?, te pregunte si sabias de la llave y me lo negaste.

–Señora, le aseguro, que no sé cómo llegó la llave al bolsillo de mi camisa.

–Pero estaba en tu camisa. Ahora quiero que sepas, que esa broma te costará el empleo.

–No señora –expresó Ramón, arrodillándose–. No quiero que me aparte de los niños. Ustedes son como mi familia.

– ¡Estas despedido! En este mismo momento, empacaras tus cosas y te iras de la casa.

Aun Ramón seguía postrado de rodillas. Rita bajó del sofá, caminó hasta donde su madre. La mira fijamente. Los ojos de Rita dejan salir unas lágrimas, que luego lo acompaña de un llanto desgarrador. Todos están asombrados. No saben a que se debe aquello.

– ¡Mami!, yo tomé la llave y la coloque en la camisa de Ramón.

– ¡Qué! –respondieron al unísono, menos Manuel.

– ¡Mi amor! Cálmate ya. Explícame porque lo hiciste –le pidió Sofía a su

pequeña.

Rita dejó de llorar y miró a su madre, quien la miraba solo esperando una respuesta.

–Escondí las llaves, porque no quería que papi se fuera.

– ¡Ay hija!

Sofía toma a su hija en los brazos y le dice: –Ya sabes, que papi trabaja mucho. Pero él regresará, y te traerá muchos regalos.

– ¿Si mami? –parecía que Rita le preguntaba a su madre.

–Si hija. Ahora prométeme que no harás mas bromas como estas.

–Lo prometo mamá.

Ramón y su esposa se miraron, ocultando una risa que casi se les escapa. Y es que, quien le pide a una niña de cinco años, que deje de hacer travesuras, cuando las mismas están a la orden del día. Es la naturaleza de los niños.

–Mami, ahora que sabes que yo escondí las llaves. Podrías dejar que Ramón se quede, él no tiene la culpa. No lo puedes despedir por mi culpa.

–Si Ramón, ponte de pie. Ya no tendrás que irte –habló Sofía, brindándole una sonrisa.

Cuando ya todo estaba en calma, Mabel le dice a su patrona:

–Señora, ya el almuerzo esta listo para servir.

– ¡perfecto! Nana. Hijos vamos a almorzar. Ustedes también –señalando a Ramón y a su esposa.

Sofía camina en dirección hacia el comedor, con Rita en brazos. Manuel lo hace al lado de Ramón, y quién lo detiene, agarrándolo por la camisa. El jardinero supone que el pequeño quiere decirle algo, se agacha. Manuel le susurra al oído:

–Gracias, por no revelar la verdad, acerca de la estatuilla.

–No tienes porque darme las gracias. No iba a permitir que castigaran a mis nietos. Además su madre tarde o temprano lo descubrirá.

– ¿Nietos? –Preguntó el pequeño.

–Sí. Manuel. Pero eso será otra historia. Por ahora vayamos al comedor, que nos espera tu madre.